

# Habitar la potencia: *Obra negra*, de Gilma Luque y de Emiliano Ruiz Parra

Nora de la Cruz

NO FUE INTENCIONAL, PERO CASI AL MISMO TIEMPO encontré dos libros homónimos: la novela de una joven autora, publicada por Almadía, y el ganador de un premio nacional de crónica, publicado por Tierra Adentro. Tampoco esperaba que las temáticas de ambos tuvieran tanto que ver con mis propios intereses (el proceso de crecimiento o *coming of age*, la vida en los márgenes de la Ciudad de México), y mucho menos que el efecto que me produjeran fuera similar. Sin embargo, los libros de Gilma Luque y Emiliano Ruiz Parra, que leí casi simultáneamente, tienen mucho en común; no sólo tomar como punto de partida la descripción de una casa que por su precariedad material o emocional no parece plenamente habitable y a pesar de ello es habitada, sino también el tratarse de dos libros que atisban realidades que los rebasan y, de ese modo, quedan como las promesas de otras obras por venir. Un autor se convierte en tal cuando encuentra una obsesión que ajuste a sus recursos pero que también rete sus fuerzas; creo que tanto Luque como Ruiz Parra han tocado una veta de la que todavía pueden extraer mucho más.

## **Gilma Luque: *el miedo de la mañana creció y alcanzó la noche***


Antes de comenzar la historia, la autora coloca una especie de advertencia: en su libro, la realidad ha sido traicionada por la memoria; con este gesto se instala entre los cada vez más frecuentes relatos de autoficción, como se suele llamar a esa tendencia narrativa. Entendemos, pues, que la autora está novelando sus propias experiencias, que no se trata de

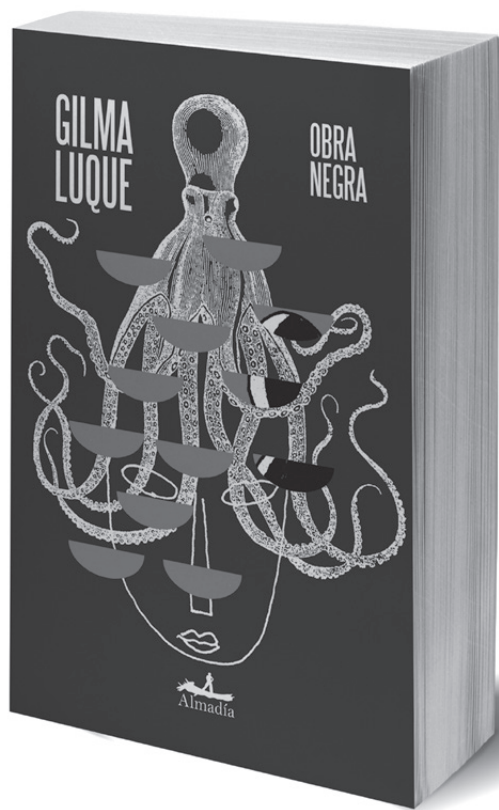
una memoria pura, y que todo lo que se cuente tendrá como hilo conductor un par de circunstancias que se presentan en la primera parte: que el sueño de la familia había sido construir una casa con ciertas características, y que cuando la protagonista era muy pequeña su madre fue diagnosticada con una enfermedad crónica y mortal. Lo que sigue es una historia de crecimiento: la narradora cuenta en primera persona los incidentes más importantes de su vida, marcados siempre por estas dos circunstancias, la de vivir donde vive (en la Unidad Santa Fe) y que su crecimiento sea paralelo al deterioro físico de su madre. El tono confesional, a veces lírico, con el que se cuentan todas las experiencias, y el foco en los detalles ligados a la vida interior, producen un acertado balance con las circunstancias que se narran. La enfermedad y la imposibilidad de construir ese hogar familiar perfecto y estable son los telones de fondo para observar que crecer es algo terrorífico por sí mismo, y que ese terror dota al espíritu de lucidez y sensibilidad. Uno termina preguntándose por qué se añora tanto la infancia si, bien mirada, es un sitio tenebroso en el que predominan la vergüenza y el temor, la impotencia, la certeza de nuestra debilidad y nuestra pequeñez. Acertadamente, la autora hace el relato de recuerdos minuciosos en una especie de presente histórico que pone ante nuestros ojos la vida como un descubrimiento dulce y doloroso. En ese detalle, la novela recuerda a *Infancia*, el libro de León Tolstoi, cuya voz se vuelve verosímil por el uso de ese mismo recurso. Sumado a esto, Gilma Luque elige muy bien los detalles en los que centra su atención y va permitiendo que su personaje central

madure en las palabras que elige: conforme la niña se hace mayor aprende a sentir culpa por diferentes cosas, descubre a los otros con todo lo que eso conlleva, deja de temer con tanta intensidad a Dios y comienza a llamar a la enfermedad de su madre por su nombre. La transición es verosímil y eso es el gran logro narrativo al que aspira toda novela de crecimiento. Sin embargo, hay un par de irregularidades que no podemos dejar de notar. La primera es menor y tiene que ver con el uso de adjetivos grandilocuentes que por momentos rompen con la contención del estilo, que es una de sus mayores fortalezas; la segunda es estructural: la novela cambia de velocidad en sus distintos segmentos sin que parezca intencional, la niñez es morosa y la juventud trepidante, y en medio de estas transiciones se desperdicia la oportunidad de ajustar el ritmo y la tensión narrativa en momentos que podrían ser clave para la historia, incluso diría que los momentos climáticos: el matrimonio de la protagonista y la muerte de la madre, que quedan un tanto diluidos por un descuido en el tiempo narrativo. De cualquier forma, me atrevo a decir que Gilma Luque ha encontrado en esta novela materiales potentes que todavía quedan por explotar, tales como una visión de lo humano muy propia, según la cual la vida interior sería un ejercicio imaginativo, y la maduración femenina, algo mucho más complejo y soberano que el tránsito por la vía amorosa. La identidad de la protagonista está hecha de las cosas en las que ella centró su deseo, su imaginación y, sobre todo, su memoria. En ese sentido, esta novela es singular y arriesgada, sobre todo para quienes creen que la riqueza narrativa radica en la peripecia; Gilma Luque demuestra que con visión, sensibilidad y una dicción inteligente y bien temperada basta para crear tensión y emotividad.

### **Emiliano Ruiz Parra: la urgencia de *descentralizar la mirada***

Desde la primera página del libro, al autor le interesa situarse: señala que cuenta esa historia desde su propia identidad, con sus ojos de “niño mimado”. Este gesto de respeto es elocuente, sobre todo porque ganarse un premio con el relato de la marginalidad puede ser muy cuestionable si no se hace por las razones correctas. No es el caso: en su observación de la vida cotidiana y la historia del barrio conocido por sus habitantes como Golondrinas, en Ecatepec, Estado de México, Emiliano Ruiz Parra muestra un interés genuino por ir contra los lugares comunes y las explicaciones reduccionistas. De la misma forma en la que afirma haber cambiado su manera

de pensar acerca de la pobreza (o, más concretamente, de los pobres) revisa en su conjunto de crónicas algunos de los principales aspectos que explican la precariedad de la región: la desigualdad, el abuso de poder, la falta de oportunidades, el clientelismo, la corrupción, entre otros. Nada nuevo, se diría, aunque la perspectiva sí es refrescante: el autor señala que su relato no es una historia de violencia, sino de dignidad, pues la pregunta que está al centro del libro es “si los habitantes de Golondrinas son la fuerza que empuja el país o el cascajo social que ha sido barrido más allá de las orillas”. El procedimiento de Ruiz Parra fue investigar, claro, pero también acercarse a los habitantes de ese barrio y, más que recoger su testimonio, observar su vida cotidiana. El resultado es el relato de las dificultades que enfrentan, pero también un retrato de su carácter, y la revaloración de la región. Estos personajes sistemáticamente invisibilizados tienen biografía, hábitos, deseos, formas particulares de hablar y ver el mundo, y el la elección de los detalles que se nos presentan el autor acierta, no sólo porque son relevantes y efectivos, sino porque los comunica con respeto. Es cierto que por momentos a Ruiz Parra lo desborda la emoción y recarga el tono de patetismo o exaltación, como si no confiara en la capacidad del lector de conmoverse ante lo que le cuenta y sintiera la necesidad de acentuarlo, pero en general transmite muy bien la realidad que observa. Se nota, sin embargo, que el material es amplio, que esto puede ser apenas la primera etapa de un proyecto más complejo. Además, al organizar las crónicas por personaje y no por asunto, en ocasiones se incurre en repeticiones que desgastan el tema más que intensificarlo, pero las imágenes son logradas y se consigue reproducir la particular forma de hablar de la región sin caer en el estereotipo. Puede decirse que todos los textos que componen el tomo parecieran ser la promesa de un relato más complejo y extenso; es evidente que al autor se le quedaron cosas en el tintero, no sólo porque su revisión histórica de algunos acontecimientos se nota informada, sino porque sus hallazgos no son menores: la relación entre la precariedad y el clientelismo, entre corrupción policial e inseguridad, entre los valores familiares y la capacidad de supervivencia de la comunidad. Esperemos que Emiliano Ruiz Parra continúe con este trabajo periodístico, sin incurrir en los riesgos que hasta ahora ha salvado: el de romantizar la pobreza y el de servirse de ella. En algo acierta sin duda: en la urgencia de descentralizar la mirada y comenzar a observar la realidad nacional más allá de su capital, una labor en la que todavía queda mucho por hacer. 



*Obra negra*  
Gilma Luque  
México, Almadía, 2017, 226 pp.

*Obra negra*  
Emiliano Ruiz Parra  
México, FETA, 2017, 108 pp.

